

ERNESTO SABATO, UNA VOZ NECESARIA

En el plano de la polémica Ernesto Sábato es uno de los militantes más conspicuos. Para muchos es difícil comprender sus actitudes más allá de la lectura de sus libros sin ubicarlo políticamente. No en el sentido partidista, sino en cuanto a morador que siente el entorno que le ha tocado sufrir. Sufrir, pero no latosamente, en verdad y equivocación, con aplausos y piedras. Siempre con la obstinación de la libertad. Sí, para más de uno es tremendamente complicado estar de acuerdo con un hombre que quiere estar de acuerdo con todos. ¿Todos?... No los opresores, no los chantas. Habilísimos bandos con mágica capacidad para la infinita reproducción en la Argentina. Y siempre se termina en lo mismo y se lucha por lo mismo: se trata de entender qué nos pasa. Y llega el punto. El punto de la individualidad. Punto. No diálogo. No brazo a torcer. Corte de manga en las narices. Absolutismo. Arrogancia. Presuntuosidad. Soberbia. Quizá la de algún militar detentor del poder gubernamental que se arrodilla ante el Papa para sostenerse. Es durísimo aguantar tanto sin recibir golpes. Contragolpes. Al fin y al cabo es lo lógico: el resultado de lanzar la piedra. Cuando se acierta en el blanco hay que estar dispuesto a endurecer los músculos para amortiguar el contragolpe. Y se arranca con una novela de profunda influencia existencialista. Fiel a Sartre hasta ser la voz que se levanta indignada para defender, reivindicar, la figura que los opresores literarios trataron de minimizar. Y fue después del 55, ahí nomás, cuando la oligarquía y su brazo armado, ese arratonado cuerpo del subdesarrollo multiplicado en uniformes que padecemos los argentinos desde que Uriburu decidió maldecirnos para siempre, libertaron a «la libertadora», que es mucho más que la «operación masacre» en León Suárez de Walsh y mucho menos, bastante menos—nada—que lo que pueda pensar ese negro cuervo enano con el alma mordida. En ese 55 en que cayó derrotado el pueblo se envalentonaron los obsecuentes de la reacción. Periodiquillos socialistas y democráticos clamaron sangre, sangre sin eufemismos. Se guadañaron estatuas, edificios, hombres. Como después. Como siem-

pre. Y fue la primera voz que se alzó. Desde la oposición. Desde la inteligencia. Desde la intelectualidad. No maten gente, no maten peronistas. Y todo el descalabro. La falsedad de la reconstrucción. Siempre hay que reconstruir luego de los gobiernos constitucionales, según ellos. Reconstruir un país que se caracteriza por sus destructores. ¿Autodestrucción?... Ayer, hoy, siempre... Sigue una segunda novela. Después de años. Sólida. Tenaz. Polémica. ¿Por qué los héroes? ¿Por qué los muertos? ¿Por qué Lavalle si era unitario y representaba a la oligarquía?... Bruno intenta el diálogo. Busca la salida. El amor. En un país desangrado cuyo entretenimiento es acumular muertos, año tras año. ¿Al pedo?... Y es la época de las revistas literarias. Es la figura que eligen los jóvenes de la cultura para dialogar, asesorarse, incitarse a la creación. Algunos de sus discípulos continúan a su lado. Varios están en otras líneas. Muchos de los que estaban en contra ahora toman el té con él. Todo ello al ritmo endiablado de un país neutro que quita y no da. Sin decisión. Sin toma de conciencia. Quizá con el cachetazo de las Malvinas adquiera identidad. Esa identidad latinoamericana que las viejas generaciones intelectuales negaron sistemáticamente. Porque el modelo era Europa. Rubia y con corte a la medida. No identidad indígena. Roca, gran modelo. Matador. No de toros. De indios dueños de su tierra. Matador de seres humanos. Personas humanas. En aquel tiempo no eran humanos. No. ¿Para qué el grito si en Norteamérica habían hecho lo mismo?... Ellos les daban frazadas con virus de malaria. Bien. Entonces nosotros démosle vino. Y es mucho más fácil matar a un indio dormido por el alcohol. ¿Que no tiene nada que ver?... Quizá sea la base de todo... De ahí parte nuestro dolor. Nuestro desencuentro generacional. Nuestros pretextos estéticos. Y él se hizo con esas generaciones. Pero pudo apartarse. No del todo. Pero siempre hay una punta. El ovillo. Somos todos, por supuesto. Y sigue Bruno desesperadamente buscando. Y Martín que se va al sur para dejar de atormentarse. Y Alejandra que es mucho más que un recuerdo. Son ellos los antihéroes que influyen a toda una generación. Son los héroes sobre las tumbas. Tumbas siempre actuales. Siempre nacientes. Nada es más peligroso que estar en medio de la tormenta. Solo. Como un faro. Quizá se busque eso. La certeza de la soledad en contraposición con la polémica superficial plagada de intereses ideológicos y revanchismos menores y envidias vanidosas. Y se hace necesaria una voz. Apasionada. Con trayectoria y autoridad. Antecedentes que algunos recriminan. Sin poder olvidar. ¿Y qué es un hombre si no la pasión de vivir todas las vidas? Uno se enriquece. Salta, brinca como percherón encolerizado. Lógicamente

alguien recibe la coz. Y viene el desquite. Y las polémicas entre grandes. Con alguna injuria humana por debajo de la mesa. Pero ya es un punto de referencia. Y esa voz impone un juicio, un parecer, una reflexión que escapa a la fácil inmediatez. Y junto al pensamiento severo y lúcido puede deslizarse la debilidad de la condición humana. Como en Sarmiento que intenta denigrar a Facundo restándole capacidad para conquistar mujeres. Pero antes están las inolvidables primeras líneas. La invocación apasionada que le hace a Facundo para que le explique el desgarramiento argentino. Y esa invocación sigue vigente. Terriblemente vigente. Con heridas cada día más hondas. Y él intenta una explicación. Como en todos sus libros. Siendo un eslabón fundamental en la cadena de nuestros grandes cuestionadores. ¡Oh, dios de las tinieblas! Abaddón irrumpe con una carga desaforada de rabia y asco. Dice él: «Misterioso libro, novela extremadamente rara y dolorosa, involucra y cierra a las dos anteriores, no es naturalista, sino sobrenaturalista, en la línea del informe sobre los ciegos, que al fin de cuentas es el núcleo de todo lo que pienso y siento, yo mismo no sé cuál es el alcance de esta obra, ni cuál su significado último.» Desdicha y angustia la dominan. Seguramente la más directa, la más crítica en lo social, la más defensora en los derechos humanos. Problemática que asume en primera fila contra todas las banderías políticas, sin adhesiones ni compromisos que pongan en juego su neutralidad. Y este es el nudo de la cuestión. Objetividad. Neutralidad. ¿Son posibles en nuestros días? ¿No es una posición fácil? ¿Quizá menos complicada que ubicarse con una determinada línea y tener que asumir tanto los aciertos como, y he aquí la cuestión, los errores?... Distintas son las apreciaciones y más difíciles las conclusiones. En todo caso él eligió el camino del centro reservándose la libertad individual ante la libertad social. Social en cuanto a compromisos con sectores parcializados. Y no se habla aquí de quién tiene la verdad en sus puños. Se habla de decisiones que competen al tiempo. Solamente el tiempo dirá la última palabra y dirá quién estuvo acertado y quién equivocado. Por ello es sumamente importante destacar al hombre que se juega tanto para un esquema como para una confrontación personal. El respeto se marca en la buena fe y en la honestidad de principios, aun cuando se pueda resbalar en algunos escalones peligrosos. Nunca hay que creer en los panegíricos totales ni en las negaciones absolutas. Complicadísimo juego éste del respeto y la admiración. Se mezclan las voces que uno quiere y que nos han servido para formarnos. El ideal, sueña uno, sería que todos a quienes admiramos estén de acuerdo entre ellos. Nunca se nos ocurre pensar

que eso es más difícil que un casamiento entre el agua y el aceite. Difícil y trágico como el Buenos Aires que hoy soportamos: soledad, desconfianza, psicosis nacionalista, alharaca de lo vacío, fútbol, televisión insalubre, medios de comunicación controlados, censura a todo nivel, y nuevamente, por sobre todo, la soledad de los creadores: la mala palabra, su propia identidad. Ya a las diez de la noche, Buenos Aires apaga sus luces, apenas si algunos perdedores por vocación caminan por las veredas, muchos policías, muchos patrulleros. Es ésta la imagen dominante de los últimos años del 70. Reafirmada en estos primeros del 80. Las mayorías disconformes presionan. Repliegue casero. En las cocinas tomando mate. Falta de trabajo. Bronca. Postulantes de la inanición. Vaciamiento. Derrota. Marginamiento. El país desbarrancándose. Alguien repite que a partir de Uriburu la maldición ancló raíces venenosas en la Argentina. Unos mejor, otros no tanto, hacen el esfuerzo cotidiano de sostener la dignidad. Y nuevamente renacen las revistas subterráneas. A pérdida. No especulación. En el país de la especulación y de los especuladores. Y otra vez se transforma en orientador de un sector de la juventud. Mientras otros se pliegan a líneas diferentes. Al Cortázar de Europa. Al Viñas de México. Y al resto de los nuestros que deambulan por el exterior. Cada uno con su grito, su verdad, su dolor profundo. Y estas cosas dan pie al error. Surge la diatriba descontrolada. El juego en favor del enemigo. No armas al enemigo. Apenas un sueño el equipo único. No vale buscar un espacio quitárselo a otro. Hay lugar para todos. Como en la pintura. Retoma lo que fue pasatiempo en un momento y lo convierte en actividad específica. Pinta a Sartre. Kafka. Virginia Woolf... Todos los fantasmas que lo acuciaron con sus textos. Influencias decisivas. Pintura de tonos fríos. Angustiante. Con ventanillas de prisiones. Ventanillas con barrotes que son algo más que un símbolo. Seguramente una realidad circundante más visible para el creador que para el que todas las semanas busca su salida en la quiniela, la lotería, el *turf* o los resultados del fútbol. Y aquí hay que remitirse a las primeras líneas. Ubicación. Y la polémica puede abarcar la inutilidad de las autopistas y la vergüenza por la crisis en la educación. Embrutecer en vez de educar: este es el lema de los represores. Y él funda todo el problema en esa cuestión. De acuerdo. Acuerdo con todos aquellos que se debaten ante la sinrazón y el atropello. Donde los caminos pueden ser frontales o en diagonal, zigzagueando, como sea, pero emitiendo una voz en que en alguna medida reivindica y postula deseos que no por moralizadores dejan de tener su impronta, su fuerza y ese nada deleznable apetito por la libertad creativa. Tal su postura: no concurrir a la Feria Internacional del Libro que todos los años se realiza en

Buenos Aires, hasta tanto queden sin efecto las prohibiciones de libros y autores. Ninguno de los otros famosos se ha interesado en imitarlo. Más bien parecería, con ambiguas actitudes, que avalaran tal censura. Por ello, el respeto de muchos y la ojeriza de otros. Conducta. Sí. Línea que marca y da esperanzas. Conducta que los últimos acontecimientos, los más dolorosos en toda la historia argentina, le hacen decir:

«Los hermanos más pobres del continente latinoamericano nos miraban con una mezcla de admiración y resentimiento. El argentino siempre los menospreció, y uno de los resultados positivos del trágico episodio de las Malvinas es que la Argentina haya redescubierto a América Latina... Un país (Argentina) donde los hombres de calidad intelectual y espiritual estén en el lugar que les corresponde y no en otro país, como ocurre ahora con 2.300.000 emigrados en un país que fue de inmigración y que necesita ser de inmigración... La democracia tiene una virtud: si el gobierno no gusta no hay que hacerle un golpe de estado; se lo cambia en la próxima elección... Hay una falacia que siempre se siente como ejemplo, que es eso de que el país no está preparado. Sin ser radical, debo decir que el gobierno del doctor Arturo Illia se caracterizó por su espíritu de neta democracia y, sin embargo, fue arrojado de la Casa de Gobierno por la policía y los bomberos en un acto de los más indignos que registra la historia del país. Y lo hicieron las Fuerzas Armadas, ellos que tanto hablan de honor... Este desastre (la guerra de las Malvinas) es obra de la improvisación, de la desorganización, y demuestra que los militares nuestros ni para una guerra son aptos. Tenemos que hacer una autocrítica muy severa de lo acontecido y poner nuestro mayor empeño en salir de este pantano donde estamos sumergidos... Lo más terrible de lo que nos pasa a los argentinos es que nunca pedimos cuenta. Aquello de: 'Dios y la Patria os lo demanden' son frases que han terminado por repugnarnos, porque son tan apócrifas, tan falsas, tantas veces violadas, que Dios tendría que estar demandando todos los días a la Argentina, en particular a sus hombres de gobierno, sobre todo a los gobiernos de fuerza... Cuando hablo de cuentas las incluyo a todas, desde las más insignificantes hasta las que se refieren a los derechos humanos y a la guerra... Todo el mundo sabe de la corrupción gigantesca de los organismos del Estado. Todo el mundo colmea. Desde las pequeñas hasta las compras monstruosas que se hacen en el extranjero. Los fastuosos negociados que se hacen con obras faraónicas... La democracia que salga de esto debe obtener el suficiente coraje para que los culpables paguen su culpa y exijan responsabilidades por todos los que han muerto en las Malvinas o han quedado amputados, enceguecidos o desaparecidos... La guerra es demasiado grave para que la manejen los militares. Ellos saben obedecer, por lo

normal. En nuestro país saben desobedecer. Empezando por la Constitución y los poderes constituidos. Llegó la hora de que los militares comprendan que el país no aguanta más y que no va a tolerar otra maniobra más para la perduración de las Fuerzas Armadas en el poder.»

Y basta de sentimientos trágicos y humillaciones soportadas, ya es suficiente con tener que vivir en este país.

ENRIQUE MEDINA

Pacheco de Melo, 2975, 5.º, 25
1425 Buenos Aires
ARGENTINA